

SUAVE, FUERTE Y MORTAL

Poseo una fotografía de Agatha Christie que la define mucho mejor que cualquier palabra. A juzgar por su rostro, pudo haber sido tomada en la década de los cincuenta. Por la ropa hay pistas decisivas, pues pertenecía a esa clase de ingleses que siempre parecen ir vestidos y peinados de época. Está sentada junto a una ventana, escribiendo. La foto la define porque la descubrimos en ella haciendo eso que se le daba tan bien, escribir una historia policíaca. Y porque lo hace como sólo una mujer de su calibre podía hacerlo: en cualquier parte.

De espaldas a la ventana —indiferente a un pasaje bellísimo de la campiña inglesa—, en una sala con pesadas cortinas y una contundente cómoda, en su casa de Torquay; con una muy moderna —para la época— máquina de escribir portátil; en un sillón incómodo incluso para las visitas y ante una mesa redonda completamente anodina, más útil para servir un té que para realizar trabajo alguno. Le debió de entrar el arrechucho, cogió la máquina y se puso a inventar. Así era ella. Tal como han mostrado sus cuadernos, publicados recientemente, era capaz de planear un asesinato mientras se estaba y anotaba —¿veneno, puñal, soga?—, intercalando cuántos gramos de mantequilla iba a necesitar para un pastel o la hora a la que llegaría un tren con sus parientes. Sus cuadernos, por cierto, demuestran que era una creativa sin pausas y una desorganizada importante. Y sin embargo, nunca perdía el hilo de sus tramas.

Asesinato en el Orient Express la escribió en su habitación habitual del legendario —por ella, sobre todo— hotel Pera Palace de Es-

tambul, pero habría podido hacerlo en un pico de la mesa de su cocina o con la máquina en las rodillas, en un campamento del desierto sirio, mientras su segundo marido, arqueólogo —el primero, que la traicionó, era militar— se entregaba a las excavaciones.

Cosmopolita, muy viajada, muy sencilla, muy clásica: es fácil hacerse a la idea de que lady Agatha —le concedieron el título de Dama del Imperio Británico en 1976— era una inglesa convencionalmente no convencional, típico producto de una era en que sus compatriotas se paseaban por el orbe previamente conquistado por sus ejércitos, y vivían en las colonias, lo que les salía mucho más barato. Nuestra dama poseía una mente abierta que convivía con prejuicios de orden y clase propios de aquel tiempo; conocía la capacidad para el mal del ser humano y podía ser, a la vez, tolerante con aquellos que delinquían por haber amado mucho, con diferentes clases de amor.

Consiguió alternar ambos puntos de vista en sus ficciones, sirviéndose de dos personajes, dos detectives —la anciana señorita Marple y el exótico belga Hercule Poirot—, que representaban, respectivamente, el pensamiento inmovilista y la apertura a otros paisajes. A la vieja solterona aficionada a los chismes y a la maldad no le importa escuchar ni pronunciar una frase políticamente incorrecta, por no decir racista. Pero la propia existencia del pequeño Poirot, un ser delicado y *extranjero*, pone en labios de los más acreditados súbditos de Su Graciosa Majestad lamentables manifestaciones de xenofobia. Una cosa equilibra la otra.

Alta y algo caballuna, práctica, adicta a los trajes de chaqueta de *tweed* y a los zapatos planos, trotamundos, curiosa, perspicaz, madre disciplinada y abuela adorable, Agatha Christie fue también muy prolífica, a la manera en que lo fue Georges Simenon, capaz de escribir no sólo en cualquier parte sino de terminar en pocos días una novela bien armada. Sus éxitos siguen produciéndose cuarenta años después de su muerte, y su nombre está escrito en mármol en el panteón de los grandes de la narración de intriga.

Entre las muchas descripciones reduccionistas que se han hecho

de su ingente trabajo figura la de fabricante de puzzles policíacos. Si bien es cierto —y la novela que tienen ustedes entre sus manos lo demuestra— que le gustaba tejer tramas partiendo de una premisa —un marco temporal, geográfico, humano—, no lo es menos que algunas piezas de ese rompecabezas, por otro lado, deslumbrante, exhibían un profundo conocimiento del corazón humano. En esta obra da pruebas, además —ocurrió en otras ocasiones—, de su capacidad para la compasión, y de que cuando le apetecía podía hacer la vista gorda con la ley porque, por encima de todo, le interesaba la justicia, que no siempre coincide con la legislación vigente. También era inflexible con el egoísmo. En sus novelas, los ególatras son quienes salen peor parados.

Este vagón del Orient Express, varado en la antigua Yugoslavia en mitad de una tormenta de nieve, con una docena de ocupantes —arquetipos cuyas características aparecen trazadas con pinceladas breves y finas—; este Poirot víctima de sus adorables manías y poseedor del más sofisticado mecanismo celular posible, apto para detectar comportamientos anormales. Este mundo de ayer conservado en una burbuja inmóvil... En definitiva, esta novela: funciona no sólo como un problema a resolver perfectamente calculado, y por lo tanto digno de una placentera lectura, sino también como muestrario de aquella Europa de clase alta —sobre todo de aquella Gran Bretaña— que, en el período de entre guerras, todavía tarareaba las melodías de antaño.

Como los barcos de las películas que se rodarían años después en Inglaterra para estimular los esfuerzos bélicos durante la Segunda Guerra Mundial, nuestro vagón ofrece un cumplido retablo de clases sin lucha: arriba los aristócratas, abajo los ayudas de cámara y señoritas de compañía, en medio aquellos que deben ganarse la vida con su propio esfuerzo y que disfrutan de una renta razonable.

El orden se ve brutalmente interrumpido por eso que tan a menudo define a la naturaleza humana: asesinato. Ustedes leerán el resto.

Agatha Christie era una mujer sagaz y pragmática. No siempre lo fue. En su niñez y adolescencia, incluso en su primera juventud fue muy tímida, tanto que, pese a estar muy bien dotada para tocar el piano, el pavor a salir a un escenario le impidió ejercer dicha carrera. A escribir se puso no porque confiara en su talento, sino por una apuesta. Se hizo práctica a fuerza de vivir y, sobre todo, después de descubrir que su primer marido la engañaba. Al saberlo, perdió la razón durante unos días en que ella misma permaneció perdida, y emergió de ese dolor convertida en la Agatha Christie dueña de sus actos que ahora mismo, ante mis ojos, tantas décadas después —escribió *Asesinato en el Orient Express* en 1934—, teclea con energía con una expresión de indecible placer en su rostro de yegua apacible.

Con suavidad, indoblegable en su tarea y atada a sus placeres tan británicos. Con tantos crímenes en su serena cabeza. Agatha Christie nunca pasará de moda. Toda mujer necesita, en su árbol genealógico, a un ancestro como ella.

MARUJA TORRES